

GEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta: Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

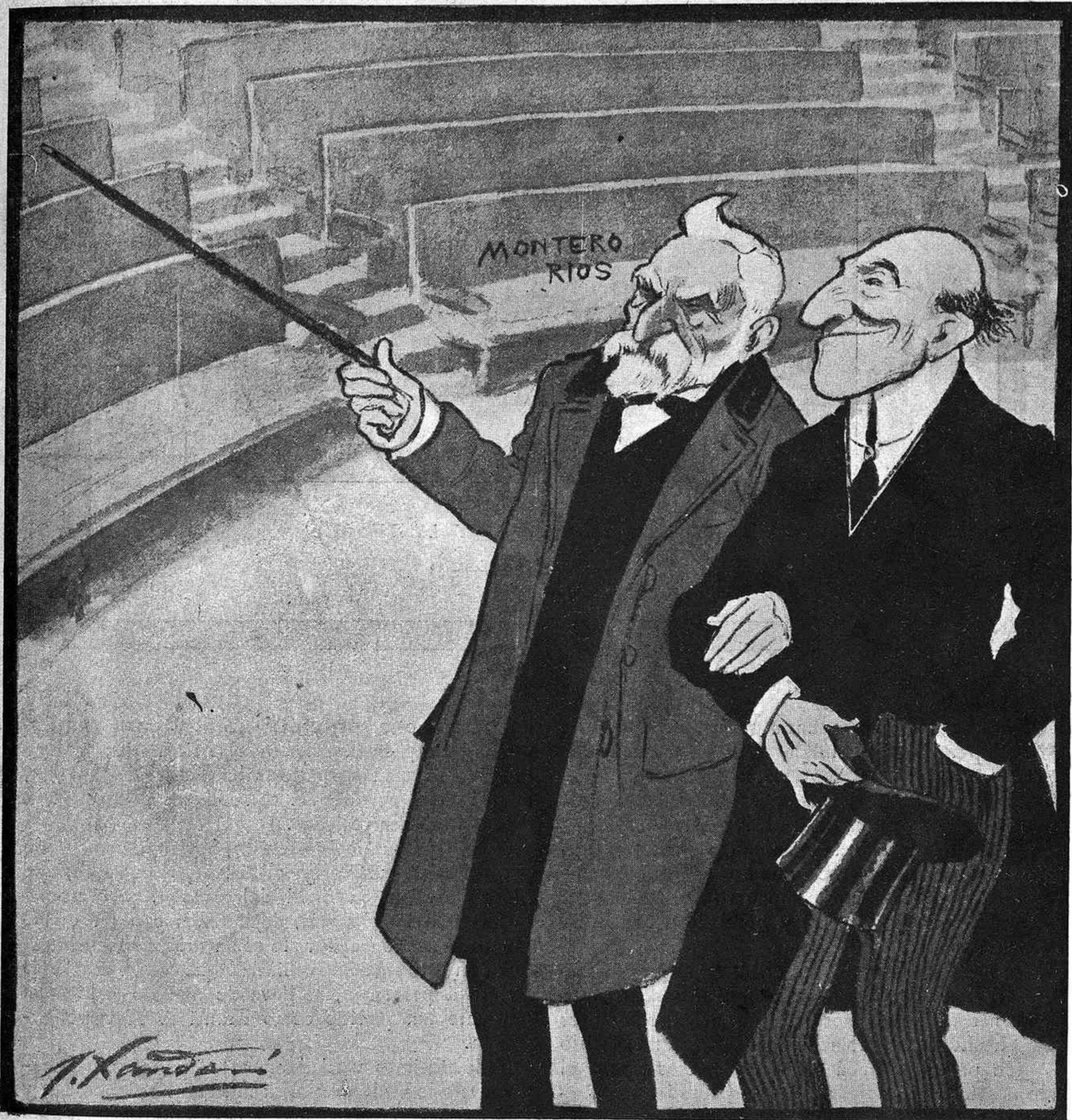
NUMERO SUELTO 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, DOMINGO 24 DE SEPTIEMBRE DE 1905

NUM. 513



LAS PRÓXIMAS REFORMAS

D. EUGENIO.—CON EL ARREGLITO DEL REGLAMENTO Y CON LAS OCHENTA ESTUFAS QUE PONDREMOS EN EL HEMICICLO, VOY A PASAR EL INVIERNO TAN RICAMENTE.

GEDEÓN.—CREO QUE SOBRAN LAS ESTUFAS, D. EUGENIO, PORQUE CASI TODOS LOS DIPUTADOS VAN A VENIR ECHANDO LUMBRE.



FRANCISCO NAVARRO Y LEDESMA

REDACTOR DE «GEDEÓN»

Bien sabe Dios que nunca pensamos, al tundar este periódico, escribir en él cosas tristes...»

Así dijimos, hace pocos años, al registrar en estas mismas columnas la pérdida de aquel inolvidable compañero que se llamó Luis Royo y Villanova.

Y esto decimos ahora al comunicar á nuestros lectores la tremenda desgracia que nos aflige: la imprevista desaparición de otro compañero inolvidable, del amigo del alma y fraternal y bondadoso camarada, Francisco Navarro y Ledesma.

No; no pensamos jamás escribir en este periódico cosas tristes... ¡Que bastante tristeza extienden sobre la vida nacional todos esos pequeños grandes hombres cuyos hechos hemos comentado alegremente! Nacido G EDEÓN para ayudar á sus compatriotas á pasar el rato, nunca pensó colgar entre sus dorados cascabeles las negras cintas del luto y del dolor; porque creía que la implacable Enemiga, respetuosa con su labor modesta, le permitiría continuar por su camino sin más tropiezos que las tonterías de que era justo y voluntario cronista.

Claro es que los fundadores de G EDEÓN, jóvenes y agraciados entonces ¡ay!, sabían ya que nada es eter-

no, aunque otra cosa crea Sánchez Roman con respecto á su permanencia en el Ministerio; mas no imaginaron que tan pronto se iban á estrechar sus filas, ni que iba á perturbarse con sollozos el coro alegre de sus francas carcajadas.

Y he aquí que lo Imprevisto, burlando como siempre todos los cálculos y todas las predicciones, nos hiere de nuevo en mitad del corazón, para arrebatarnos una ilusión más, dejándonos con un cariño menos. Pues lo Imprevisto es un dios ciego y cruel, que con la misma impasibilidad que eleva á García Prieto á personaje, se lleva de nuestro lado á un hermano tan querido como Francisco Navarro Ledesma.

Nos sentimos verdaderamente incapaces para expresar todo el dolor que su muerte nos produce, y tardaremos mucho tiempo en acostumbrarnos á no verle entre nosotros, risueño y agradable como siempre, fértil en el ingenio y en la bondad, comunicándonos su entusiasmo por este periódico, del que fué uno de los fundadores y siguió siendo constante enamorado. Pero el recuerdo de sus talentos, de sus iniciativas y de sus virtudes, nos fortificará siempre

y nos inspirará alientos en los desmayos y consuelos en las horas melancólicas.

Por eso los amigos de GEDEÓN permitirán á sus redactores que se inclinen un momento ante el cuerpo aún caliente del camarada que se va para no volver, ofrendándole sus laureles y sus lágrimas. Tenemos derecho á un momento de intimidad, sin miedo á que nadie se extrañe de vernos acongojados. Después continuaremos riendo y bromeando como de costumbre, pues no ignoramos cuál es nuestra misión, y á su mandato sabremos rendirnos sin protesta.

¡Pobre Paquito! Cuando empezaba á recoger el fruto de una vida consagrada al trabajo constante; cuando después de la ascensión penosa podía contemplar desde la cumbre el tranquilo horizonte abierto ante sus ojos, llega la Intrusa á sorprenderle, desbaratando de una vez y para siempre tantas ilusiones risueñas, tantos proyectos venturosos... ¡Ah, implacable, injusta y tiránica Señora! ¿Por qué te empeñas en segar las flores, cuando hay viejos y carcomidos árboles que esperan la caricia final de tu guadaña...? ¿No era preferible para todos que acabaras con las vidas inútiles y perjudiciales, en vez de llevarte á uno de los nuestros? Tal vez, envidiosa de nuestra alegría constante, quisiste perturbarla para ver qué cara poníamos y reírte de ella, ya que nosotros de todo nos reímos. Miranos. ¿Estás contenta? Acaso después de contemplar á estos pobres muchachos, un momento entristecidos y silenciosos, te arrepientas de tu obra despiadada. Mas ya es tarde; vete y déjanos solos, ya que solos te empeñas en dejarnos. Rendido el fraternal tributo, sabremos continuar nuestro camino; procuraremos ser valerosos y tener esa fortaleza de ánimo que tanto se echa de menos en nuestros hombres públicos.

¡Pobre Paquito...! Las plumas competentes han celebrado en todos los periódicos la inmensa variedad de sus talentos, su enorme cultura, su fino espíritu y su poderosa inteligencia. Y han alabado con justicia la obra imperecedera del escritor insigne. Nosotros agradecemos en el alma esos elogios, que recogemos con el legítimo orgullo de los hermanos que contemplan el triunfo del predilecto. Y al recordarlos, recordamos también al hombre, que en Navarro Ledesma valía tanto como el escritor.

Era un hombre bueno, en la mayor amplitud de la palabra; un amigo leal y cordialísimo; un compañero pronto á la ayuda y al elogio, sin la más leve sombra de envidia ni de enojo por el bien ajeno. Scncillo y candoroso como un niño, tenía siempre la sonrisa en los labios y la bondad en el alma. No hizo mal á nadie, ni siquiera con el pensamiento: sépanlo cuantos creen que los escritores satíricos tienen el gesto avinagrado y se comen los niños crudos. Era, en fin, el suyo un corazón de oro; y acaso por eso le hemos perdido para siempre. Que en estos tiempos de elevación de cambios no se deja circular el oro libremente, y en cuanto se presenta se lo llevan.

Y este hombre admirable, trabajador, entusiasta, puro y honrado como pocos, llegó á conquistarse un nombre y una posición por su propio y único esfuerzo, sin otra protección ni ayuda. Bravo luchador, ganó con sus armas el laurel de la victoria. Mas nunca se envaneció por ello, porque era modesto y humilde, como corresponde al verdadero mérito. Siendo mucho, se tuvo siempre en poco. ¡Ejemplo digno

de ser imitado! No así Montero Ríos, que se cree igual á Jehová, porque saca ministros, subsecretarios y diputados de la nada.

Amigos, lectores, ¿no comprendéis nuestra profunda pena? ¿No os parece que nunca mejor que ahora puede llamarse á una pérdida, irreparable? Pero vosotros perdéis á un gran escritor, fecundo en obras y pródigo en promesas; á un espíritu que supo enseñaros y distraeros. Nosotros perdemos algo más, porque nos quedamos sin un pedazo de alma.

Paquito, amigo, hermano, maestro... Descansa en paz. Descansa y espera. Ya el frío viento del otoño deja solitarios los jardines, desnudando los árboles pomposos. Como sus hojas, serán arrastradas nuestras vidas, según dicen casi todos los escritores cursis. Iremos pagando nuestro último tributo, después de pagar los que organiza el ministro de Hacienda para compensar el impuesto de Consumos; y dejaremos sin pena este pequeño mundo, libres, por fin, de sus tonterías y de sus miserias.

Y entonces nos encontraremos otra vez para no separarnos nunca. Y volveremos á reunirnos y á disponer el número de nuestro periódico, alegres y contentos como de costumbre. Porque el buen Dios de las barbas blancas y de las manos paternas, premiando nuestro desinteresado esfuerzo por reparar los descuidos de su obra, nos permitirá continuar en la labor concediéndonos una risa eterna.

¡Feliz acaso tú, que por sabio y por bueno te encuentras ya á la diestra de Dios padre!

NAVARRO Y LEDESMA

POETA Y CUENTISTA

Nuestro llorado compañero, á más de ser crítico eminente, admirable profesor y escritor satírico de vena inagotable, era también un poeta y un cuentista. Poeta de veras, de los que saben pensar hondo, sentir fuerte y cantar claro; cuentista de rara originalidad y de expresión noble y emocionante.

En los elogios póstumos de cuantos han lamentado su prematura muerte, se reconocen estas dos brillantes manifestaciones de aquella poderosa inteligencia, que quedarán definitivamente consagradas cuando se reúnan sus trabajos de esa índole, unos inéditos y otros esparcidos por revistas y periódicos.

De entre ellos tomamos al azar los que siguen á continuación. Y al publicarlos, honrando su memoria, nos parecerá que todavía escribe á nuestro lado para llenar las columnas de su querido GEDEÓN, donde su memoria será imperecedera.

LA FUENTE

En lo más obscuro
de la espesa alameda sombría,
donde apenas el sol penetraba,
con ritmo inseguro
la fuente armoniosa cantaba y reía,
reía y cantaba.

Pasado el estío,
y al caer de las áridas hojas
y al quedarse los troncos desnudos

llegó el cierzo frío
gimiendo tristezas, llorando congojas
con silbos agudos.

Callóse la fuente,
y sus limpios y claros raudales,
que al pastor y al viandante halagaban
con su himno riente,
convertidos en duros cristales
por el hielo implacable se hallaban.

Y el sol amarillo
clareando en la negra espesura
de los troncos musgosos y secos,
con siniestro brillo
de la nieve marcaba la albura
en torno á la fuente dormida y sin ecos.

Cantar de la fuente
que en lo obscuro del bosque resuenas,
eres tú la mejor poesía;
del hombre en la mente,
dan tus ecos frescura á las venas
y á la voz no escuchada armonía.

Si luce el sol claro
y en el bosque sin hojas desliza
su brillo el Enero,
de escuchar tus cantares avaro,
con la nieve que el suelo tapiza
se hiela el venero
y se apaga tu canto postrero.

LA MUJER TOLEDANA

Rodea el Tajo la eminente cumbre
cuya fama conservan las edades:
Toledo, *peñascosa pesadumbre*
gloria de España y luz de sus ciudades.

El forjador trabaja al pie del cerro,
golpeando en el yunque de ascua roja;
cuerpo acerado, corazón de hierro,
salta y chispea la brillante hoja.

De hierro el corazón, leal y fuerte,
flexible el talle, de vibrante acero,
toledana, es amarte conocerte;
como yo te conozco así te quiero.

Menudo el cuerpo y el color quebrado,
lumbre en los ojos, sal en los andares,
tu belleza en las ruinas se ha criado,
yedra entre rotos arcos mudejares.

Que en tu grave hermosura tentadora
severos rasgos hay de la romana,
languidez soñolienta de la mora,
noble idealidad de la cristiana;

belleza extraña, de altaneros modos,
que en torno suyo los desdeños siembra:
que es hija, al fin, de los soberbios godos
la orgullosa y valiente ricahembra.

Si hoy al hogar obscuro se consagra,
con claras luces en la Historia brilla:

porque ella es la villana de la Sagra,
pero es también la viuda de Padilla.

Es honesta, callada y hacendosa,
de hablar pausado y de mirar sereno:
como el vate la vió, *dulce y sabrosa*
más que la fruta del cercado ajeno.

En su ligero y cadencioso paso,
que en las calles resuena firme y seco,
de estrofas del divino Garcilaso
fuerte se escucha el armonioso eco.

Y con vago y profundo sentimiento
parece concentrarse en su mirada,
de la ciudad ese postrer lamento
de lo que fué muy grande y hoy no es nada.

LA CIUDAD ETERNA

CUENTO

Habían callado todos los inmortales, hartos de recordar, entre las carcajadas robustas de Homero y la aguda risita de Voltaire, los lances y trances que en la tierra nos parecen de muerte ó vida y que tantas tragedias ocasionan, cuando el llamado Alighieri, que de ordinario no reía ni hablaba, sin perder su actitud grave, meditabunda y triste, enfiló con su pico de águila los ojos más hondos de cuantos le rodeaban, y que no eran, no, los de Sócrates, ni tampoco los de Goëthe, sino los de un soldado manco, natural de Alcalá de Henares; y con voz fina, vibrante, cual si la emitiese garganta de oro y lengua de acero templado la modulase, habló de esta manera:

«En medio del camino de nuestra vida, me hallé perdido y sin guía en una selva oscura, áspera é intrincada. Miles de años parecían contar los troncos. Entre ellos había algunos tan gruesos como la mole del castillo de Santángelo y altos á proporción, de modo que semejaban la columnata en que la techumbre del cielo se apoyase. Extraña pavora se apoderó de mi alma, insuperable miedo; fascinación de la que impulsa, no á huir del peligro, sino á salirle al frente. Fui paso á paso emboscándome. Intrincada era la espesura, solemne y temeroso el silencio. Aves, insectos y reptiles habían huído quizás hacía siglos de la selva encantada, y aquellos árboles sin nidos y sin cantos, con las cortezas acarrascadas y grietas, aunque frondosos, verdes, muertos parecían. Al cabo de unas cuantas horas, ó tal vez de unos cuantos años de caminata, el bosque comenzó á clarear, el apretado escuadrón de árboles se desplegó, y ante mis ojos apareció maravilloso panorama que en el lenguaje rastrero de los hombres no podría describirse, y por eso no le pinto yo, que inventé un idioma para enseñar al mundo loco el infierno, el purgatorio y el paraíso.

Era una gran ciudad en ruinas que sobre alta y lejana cumbre se divisaba. A ella conducía desde lo claro del bosque una calzada, entre cuyas losas viejísimas, desportilladas como dentadura de anciano, crecían altas hierbas. A un lado del camino, una inscripción con una mano señalando á la ciudad, decía el nombre de ésta: «Azanatópolis; la ciudad donde no se muere.»

—¿Qué será el no morir?—pensé un punto. Y apresuré el paso.

Nada en derredor de la ciudad ofrecía aspecto de vida; en los campos incultos, donde ningún rastro denunciaba la alegre ondulación que el arado traza, las hierbas locas y las flores silvestres se agostaban tristes, y sus despojos caían sobre restos de pasadas hierbas y de extinguidas flores. Las aguas de un río se deslizaban perezosamente sin arrastrar légamos ni brozas, y en el fondo se veían las piedras inmóviles, formando costra secular. Ni barqueros gárrulos como las del Tíber, ni alegres y cantarinas lavanderas cual las del Arno, poblaban el cauce y las orillas. Con la selva sin pájaros rimaba el río sin peces.

En la otra orilla, la ciudad, como un mendigo que para subir la agria cuesta ha ido soltando los harapos pesados que le fatigaban y al cabo se ha tendido al sol boca arriba, había arrojado en lo bajo de la empinada ladera jirones de murallas, cuyos pedruscos tenían el color de las macas del membrillo ó de la camuesa pasada; colgajos de bastiones y paramentos se extendían aquí y allá, y la puerta monumental por donde entré era un medio punto derruido por habérsele roto la clave, y que alzaba al cielo sus dos machones encorvados como dos brazos implorando misericordia.

Abrumado cual si llevase á mis espaldas el peso de tanta ruina, atravesé con trabajo calles cegadas por los escombros, angostos pasadizos hendidos entre altísimas paredes de viejos edificios, y en los que repercutían como campanadas mis pasos; plazas grandiosas adornadas con pesados arcos triunfales cuyas leyendas se habían borrado, ó por estatuas bronceas cuyas facciones había carcomido el verdín. Y ni en calles, ni en plazas, ni en edificios suntuosos, ni en casas pobres, nadie, nadie, nadie. El silencio profundo, hostil, llenaba de espanto el alma, habituada á que en medio del día todas las cosas respondan con algún eco sonoro á la caricia del sol. En la ciudad inmortal no había ratones, no había moscas, no había arañas. Sólo de cuando en cuando se oía chasquear una viga, ceder una dovela, resquebrajarse un muro. Sólo el tiempo vivía allí, sólo él mandaba, disponía, pesaba y parecía descender sobre las cosas implacables desde el alto cielo. Rendido y temblando al pensar que en aquella soledad medrosa me anocheciese, paré á recobrar fuerzas, me senté en un sillar roto, apliqué el oído aguzado ya por la fiebre que empezaba á invadirme. A poco, un ruido humano vino á sacarme del estupor en que yacía. Ruido humano era, sin duda el más humano de todos: como que era el tintineo de muchas monedas de oro contadas muy de prisa por una mano muy ducha en tal ejercicio. Corrí hacia donde el ruido sonaba, que era un marmóreo palacio de dóricas columnatas, y al acercarme oí varios gritos de terror, altos, estridentes, como graznidos de buitre; luego una carrera precipitada, luego un jadear anhelante. Y vi en el patio principal del palacio un montón altísimo, una gigantesca pila de monedas de oro, que parecían brotar de enormes claraboyas abiertas en los sótanos, llenos también, por ventura, de aquel maldito metal: eran florines napolitanos y aragoneses, cruzados tudescos, imperiales austriacos, coronas de Bretaña, dinares arábigos, chapas visigodas resonantes, medallas hebreas, minos familiares de Roma, sagitarios helenos, melcartes fenicios y agujereadas piezas de oro del país de los Séricas: eran también pepitas de oro de Ofir, lingotes de Arabia, barras labradas por las manos cobrizas de los hindas gangéticos. Nunca todos los banqueros genoveses, ni los opulentos pisanas, ni los grandes monarcas del apartado Oriente vieron ni soñaron tamaño monte de oro. Y para guardarle y conservarle no había centinelas, ni cancerbero, ni espantables dragones, sino sólo un hombre, un pobre ser flaco, amarillo, desnudo; la barba tapándole lo más del cuerpo; manos y pies engarabitados, agarrando convulsivamente las monedas; los ojos eran de color de oro, como que en ellos habría quedado el reflejo de lo que durante tantos siglos llevaban contemplando únicamente. En las pupilas, que semejabán dos florines, se conocía que aquel hombre no había mirado al cielo ni á la tierra desde tiempos inmemoriales. No quedaba en sus ojos ningún reflejo de la suavidad y la ternura que el trato humano suele darles, ni habían respondido á mirada amorosa ni á amistoso requerimiento; ojos sin compasión, ojos de tirano. Al mirarme, revelando temor inexplicable, le temblaron las pupilas primero, luego los párpados rojos como piltrafas sangrientas, y después trenzó todo el cuerpo. El mismo espanto que me causara al verme absolutamente solo, le producía á él el ver, al cabo de tantos años, que no estaba solo; el miedo le hizo correr, dar vueltas en torno al áureo montón, defendiéndole como el chacal resguarda su presa, y, al fin, rendido y exánime, echarse uñas arriba sobre el oro, con las garras amenazadoras, prestas á defenderse.

Pareciéndome que se le debía haber olvidado el lenguaje, por señas le dije que no temiera, y para mejor dárselo á entender me encogí de hombros y escupí despreciativamente al montón de oro. El avaro comenzó á serenarse. Entonces le hablé en latín: no me entendió. Probé á hablarle en griego, y tuve la amargura de ver que aquella alma cenagosa entendía la lengua del divino Platón. Cuando le signifiqué en pocas palabras que yo no había llegado hasta allí atraído por el sonar del oro, abrió desmesuradamente los ojos con una desconfianza milenaria y luego se echó á reír, y en verdad os digo que su risa como chocar de monedas sonaba; comprendí que me tenía por loco. Le interrogué y no me contestó: no podía fijar su pensamiento en otra consideración que la de su tesoro querido, único objeto y anhelo exclusivo de su vida. Recordé entonces que en mi escarcela llevaba tres doblillas de oro venecianas, y sacándolas cautelosamente se las enseñé. El avaro, poseedor de una riqueza mayor que las de Crespo y Midas, echó los ojos fuera de las órbitas y se lanzó contra mí, las garras crispadas, y me acercó al rostro las uñas retorcidas. Al querer dañarme, comprendió que siendo yo inmortal como él, no podía causarme ningún mal. Desesperado por la convicción de que había aún en el mundo algún oro que no era suyo, dejó caer los brazos, lagrimones de agua amarillenta escaldaron sus mejillas, y, en griego purísimo, comenzó una larga letanía de súplicas y lamentaciones para que le diera aquellas tres moneditas que le faltaban para la completa beatitud, y que de seguir faltándole harían intolerable su inmortalidad.

—Las monedas serán tuyas—le dije—si me cuentas, sin ocultarme pormenor alguno, el misterio indescifrado de esta abandonada ciudad. Pero has de contarme todo.

Satánica alegría iluminó su rostro centenario, y la esperanza hizo brotar dos manchas rojas en los pajizos pómulos del avaro. Púsose en pie, y el sol, que desde muchos siglos antes no se quebraba en su frente, pintó en lo alto de la calva la luz brillante que chispea las frentes de los pensadores, de los artistas. ¡Oh, sí! Por conseguir mis tres doblillas, el hombre iba á hacer una obra de arte maravillosa. Y, en efecto, requiriendo no sé qué harapos que por allí tenía olvidados, los acomodó á su largo y flaquísimo cuerpo, los plegó con arte y elegancia, y extendiendo el brazo derecho, comenzó, en actitud demosteniana y con palabras no desemejantes á aquellas en que Tucídides nos cuenta cómo el gran Pericles ateniense cantó las glorias de la ciudad de Palas; habló, habló como hablaban entonces los griegos, como después hemos intentado cien veces hablar sin conseguirlo, porque ni las fibras y las venas de nuestro pensamiento, ni la piel que lo envuelve, son tan fuertes, tan finas, tan elásticas, tan vibrantes. Lo que dijo, yo no acertaré sino á expresarlo en breves palabras, sueño de sombras de aquellas que le oí.

Azanatópolis, la ciudad donde no se muere, fué un pueblo bellissimo y culto; sus ciudadanos todos amaban la hermosura y practicaban la virtud según la entendía Sócrates, que me escuchaba; es decir, para mí, la más perfecta manera de virtud conocida. En premio á su bondad, visitó á Azanatópolis el Demiurgo, y estimándola modelo para los hombres, decidió que la ciudad fuese eterna é inmortales sus habitantes, porque así—discurría la divina Inteligencia—siempre habría un ejemplo que ofrecer á la mal gobernada y viciosa humanidad.

El resultado fué tristísimo. A las grandes orgías y á las solemnísimas fiestas con que los azanatopolitanos celebraron su propia inmortalidad, sucedió un período de sedante meditación. Iban pasando años y años, lentos, monótonos, y aquellos hombres, seguros de no morir, iban perdiendo poco á poco todo estímulo de vida. Lo primero que entre ellos se acabó fué el trabajo y el orden. No pudiendo morir, necedad era obedecer á nadie; las autoridades no encontraban á quien mandar. Sin miedo á la muerte, se acabaron la disciplina militar y la cívica, y con ellos el Ejército y el Gobierno. Nadie trabajaba, puesto que aun cuando las casas se hundieran, los hombres inmortales renacerían de entre los escombros, y aun cuando faltase el sustento, la vida proseguiría. Desapareció toda distinción de castas y cla-

ses, pues así como la muerte iguala á todos los hombres, el no morir les igualó también. Los odios, las envidias y los rencores que á hombres y mujeres separaban, fueron olvidados, como cosas vanas y baladíes; mas el daño estuvo en que, odios y celos extinguidos, pereció igualmente el amor. Esto sucedió al cabo de muchos siglos; pero ello fué que la carne se hastió de gozar, y no mucho después, muerta la lujuria, se extinguió, como se extingue el humo postrero tras la última llama, el amor ideal, que á ti, Platón, te enseñó Diotima, la forastera de Mantinea, y á mí la preciosa *Monna Bice*, mi inmortal amada. No habiendo amor, callaron los músicos, colgaron sus paletas los pintores, enmudecieron los poetas. Los paladares se hallaban cansados de todos los refinamientos gastronómicos, y sólo por entretenerse masculaban silvestres hierbajos; los labios estaban hastiados de todos los besos, las lenguas de todas las lisonjas, los oídos de todas las músicas. En aquel silencioso concierto del universal cansancio, sólo seguía trabajando, infatigable, en su laboratorio, el sabio buscando la verdad. Por sus retortas y alambiques iban pasando todos los objetos que podían ser analizados. El sabio, guiado por extraña luz, nada averiguaba como cosa indudable, pero tampoco cejaba en su empeño. Al fin, después de un millar de años, la convicción se apoderó de su alma y le hizo parar en su trabajo, romper las retortas con desesperación. Era imposible averiguar la verdad sin tener á la vista cuerpos muertos, pues sólo la muerte nos muestra el secreto de la vida. Y el sabio fué el primero que, renunciando heroicamente á su condición de inmortal, salió de la ciudad, volvió al mundo en que se muere, la frente erguida, los ojos llenos de fe; él enseñó el camino á los demás, y en sucesivos siglos fueron pisando sus huellas los enamorados que ya pensaban en las hermosuras mortales, los iracundos y rencorosos que anhelaban poder matar

algún semejante, los envidiosos que ansiaban desear el bien de alguien, los glotones que aspiraban á gozar sensaciones nuevas, los déspotas que intentaban á costa de su vida tiranizar á los pueblos, los aristócratas que se afanaban por poseer orgullo ante otros mortales; y en fin, hasta los trabajadores que ganaban la vida con sus manos, hartos de la inacción y de la holganza, huyeron los últimos, buscando otra vez las rudas y brutales caricias de la tierra; marcharon azadón al hombro, resueltos á hacer algo, aunque no fuese más que cavar su propia fosa. A todos, decía el avaro en palabras relampagueantes, á todos los ví marchar, y habiendo reunido en este palacio desde tiempos atrás muchos dineros, rébusqué, olfateé, huroneé, desescombré toda la ciudad. He tardado trescientos años, pero ya estoy seguro de que no queda en Azanatópolis ni una moneda que no sea mía, excepto las que vos tenéis en las manos.

Se las dí, rogándole que me indicara el camino por donde se habían marchado los entristecidos inmortales; me lo enseñó boirosamente y comenzó á mirar, remirar, palpar y agasajar las tres monedas que le colmaban de dicha. Caía la tarde y apresuré el paso. Dos ó tres veces volví la cabeza; allí, sentado en el montón de oro, el avaro daba vueltas á las doblillas. De fijo que ya se había olvidado de mí, de mi cuento de la Historia de la Ciudad Eterna.

Me interné de nuevo en la selva oscura; me pareció volver á la vida; lancé un suspiro alegre, y me acordé de Beatriz, de mi eternamente amada *Monna Bice*...

Calló Dante; y el llamado Hegel, que le había oído con atención suma, preguntó:

—Según eso, la muerte es el único resorte de la vida.

A lo que el llamado Balzac respondió con viveza:

—La muerte ó el oro.

JUEVES DE GEDEON

Qué escribes con tanto afán, Gedeón amigo?

—Estoy preparando á toda prisa, Calínez, el discurso que he de improvisar en el Congreso un par de meses después de abiertas las Cortes: discurso de ruda y terrible oposición que, ó mucho me engaño, ó dará al traste con el Ministerio, sin esperar al estreno de un drama del ministro de Hacienda.

—¿Discurso de terrible oposición dices? ¿Pero tú no has salido ministerial?

—¡Toma! Ministeriales hemos salido todos, ó mejor dicho, hasta que hemos salido éramos todos ministeriales; pero una vez en posesión del acta, yo quiero que me digas, Calínez, qué es lo que tiene cualquier canalejista, ó cualquier moretista, ó cualquier romanonista, ó cualquier fiscowichista de ministerial. Si precisamente, como ha dicho muy bien Montero Ríos, la actual mayoría tiene eso de bueno: todo el mundo puede formar gobierno con ella y nadie puede con ella gobernar. Es, pues, una mayoría como los pañuelos, las servilletas de papel ó otros adminículos: se usan una vez y se tiran. Para la fecha que antes te señalé, ó sea para dos meses después de abrirse las Cortes, ningún diputado ministerial que se estime dejará de pronunciar en el Congreso su discursito de ruda y terrible oposición, y los que continúen fieles á D. Eugenio y no se atrevan á despotricar contra él, serán ignominiosamente expulsados de las filas de la mayoría.

—Pero, hombre, ¡qué cosas tan raras suceden hoy en la política española! ¿De modo que el ser uno en la actualidad ministerial consecuente y perfecto, consiste en pronunciarse contra el Gobierno?

—¿Quién lo duda?

—Entonces, ¿cómo vivirá Montero Ríos en el Poder?

—Pues vivirá, Calínez, gracias al número cien.

—¡Vaya una vida amena y olorosa!

—Yo no tengo la culpa de que hayan llegado ya á ese número los mauristas. Son ciento.

—¿Pero tú supones que los cien mauristas apoyarán al Gabinete actual?

—No lo supongo, lo afirmo. Cuando yo pronuncie en la Cámara, cada vez más baja, mi discurso de ruda y terrible oposición, para marchar al unísono con los demás ministeriales, entonces los mauristas se alzarán indignados defendiendo con sus voces y con sus votos á Montero Ríos. Este excelente hombre público y padre de familia ya no tendrá á su favor más que á sus yernos y á los mauristas, y aun dudo si los primeros continuarán favoreciéndole con sus sufragios.

—Te digo que cada vez entiendo menos el lío político en que nos hemos metido. Un Gobierno que tiene la oposición de la mayoría y que para vivir cuenta con el apoyo de una oposición, esto no se había visto nunca en España, ¡y cuidado que en España hemos visto cosas! Pero si Maura ha de defender



LA FIESTA DE LOS MELONES

(SEGUNDO GOLPE)

GEDEÓN.—¿OTRA VEZ POR AQUI, D. EUGENIO? ¿PERO NO TIENE USTED BASTANTES?
D. EUGENIO.—NECESITO UNOS POCOS MAS..... ¡Y MUY MADUROS, PORQUE SON PARA EL
SENADO!

á D. Eugenio contra los propios liberales, ya no es Montero Ríos el mayor padre político de nuestra nación.

—¿Por qué?

—Porque Maura se convierte en su padre político, y por consiguiente es más padre que él. ¡Jesús, Jesús, ilustre Gedeón y maestro, qué berenjenal! Antes se decía «son ciento y la madre»; ahora habrá que decir de los mauristas «son ciento y el padre político de Montero Ríos». Bueno, yo renuncio á comprender la maraña en que nos agitamos, pero no me cabe duda de que nos hemos de divertir mucho apenas se abran las Cortes, y como la cuestión es pasar el rato... Dime, Gedeón, ¿premeditas una improvisación oratoria de vastas proporciones como Gálvez Holguín?

—No, Calínez, los discursos largos y de importancia notoria están ya mandados retirar de las Cortes y sólo se emplean en las aperturas de los Tribunales. Son como una pena más, impuesta por éstos. Mi oración será contundente, pero lacónica: siete palabras.

—¡Ah, ya! ¿Las piensas pronunciar desde el escaño de los diputados madrileños, entre tus colegas Gálvez Holguín y Fiscowich, acaso? ¡Tendrán que oír tus siete palabras!

—A la sexta espero que no haya ya Gobierno.

—Mira que no te ciegue la presunción y seas tú el muerto á la quinta.

—¿Qué resistencia puede oponerme este Gabinete con estufa?

—Por de pronto, los gallos de García Prieto son muy duros de pelar. Luego, fijate, Gedeón, en que es imprudentísimo meterse con la imponente familia gobernante, aparte de los riesgos que para todos traerán consigo las nuevas producciones dramáticas de Echegaray. ¿Te acuerdas tú de Pablo Cruz, aquel excelente amigo de D. Práxedes? Pues no ignorarás que ha muerto á manos de la familia de D. Eugenio.

—Eso es verdad.

—De modo y manera que en interponiéndose esa familia de Borgias de poniente, ya no se puede decir ni «guarda, Pablo», porque hasta una mísera subsecretaría que este disfrutaba la tuvo que soltar. No te metas, amigo mío, por Dios te lo ruego, con esa tribu gallega acampada sobre la nómina. Mira que todavía están muy farrucos y te pueden dar que sentir.

—¿Entonces tendré que tragarme el discurso que estoy preparando, para improvisarlo dos meses después de abiertas las Cortes?

—Eso sería lo prudente.

—¿Pero qué van á decir los electores madrileños cuando vean que enmudece su más brillante representación?

—Que hable Zaldo.

—No sabe.

—Entonces, Sabas.

—Tampoco.

—Maltrana.

—Menos.

—Fiscowich.

—Cobraría muy caras sus palabras.

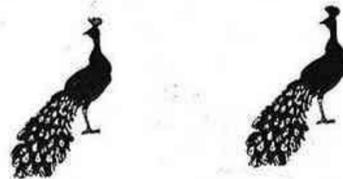
—¿Pues á qué han venido á las Cortes?

—Como no sea á jugar á las cuatro esquinas con pagaré... ¡Bah, Gedeón, déjate de pujos oposicio-

nistas y presenciemos tranquilamente la partida parlamentaria próxima. Montero Ríos talla y Maura hace de *croupier*, y el punto canalejista, moretista ó romerista que se incomode, á la calle. Cuando Montero se canse de tallar, dirá las frases sacramentales: «Hay una continuación», y tomará la baraja don Segis; después Canalejas ó Vega de Armijo, ó el diantre; pero todo el dinero de los banqueros y de los puntos irá metiéndolo solapadamente el *croupier* Maura en su *cagnotte*.

—¿Qué suerte de hombre! Tiene la *cagnotte*, tiene el ciento, tiene el marqués de Ibarra, tiene un chaleco: ¿qué le falta en este mundo en clase de *croupier* feliz?

—Que no le levantan muertos; ¡porque si le levantarán á Cánovas, á Silvela ó á Villaverde, se tendría que ir al cién!



Cancionero gedeónico

No solamente los fríos
que han de llegar, inclementes,
asustan á los parientes
del pobre Montero Ríos;

hay un peligro mayor
que se procura evitar,
con el fin de conservar
la salud del buen señor.

Don Eugenio, acostumbrado,
como hasta há poco le vimos,
entre halagos y entre mimos
á vivir en el Senado;

dirigiendo con voz queda
las tranquilas discusiones,
durmiéndose en las sesiones
como un gusano de seda;

sin importarle una trufa
lo que á su lado pasaba,
mientras á gusto soltaba
toda la llave á la estufa...

¿Cómo se va á acostumbrar
en el Congreso á vivir,
donde hay tanto que sentir,
donde hay tanto que escuchar?

Esta es la duda traidora
que á sus deudos atosiga,
y que á procurar obliga
solución consoladora.

Y por si en cualquier momento
la discusión se propasa,
ya piensan de aquella casa
reformular el reglamento.

Tal vez alguien diga, al ver
cuidado tan singular,

LIBRO
DE
CANTOS
Y
MUSICA



EL DIPUTADO IMPERTINENTE.

CUENTO VIEJO

EL DIPUTADO.—Diga usted, D. Manuel, ¿quién es aquel jovencito tan insignificante que está en ese corro?

MANOLÍN.—¿Ese? ¡Mi hermano político Avelino!

EL DIPUTADO.—No, si me refiero al otro, al viejo que no lo conoce nadie.

MANOLÍN.—¡Otro hermano político mío! ¡Martínez del Campo!

EL DIPUTADO.—¡Qué torpeza! Si quiere decir el que está más allá y parece que lleva bisoñé.

MANOLÍN.—¡También hermano político mío! ¡Vincenti!

EL DIPUTADO.—No, no; aquél, el más viejo con cara de cazurro.

MANOLÍN.—¡Nadie! ¡El padre de todos! ¡D. Eugenio!

que algo tienen que tapar
con tanto y tanto temer

Mas yo en esas precauciones
veo un amor puro y sano...
¡Que hay que evitarle al anciano
las tremendas emociones!

Y hay otro medio, que es éste,
que todo disgusto evita:
retírese á su casita
y no vuelva y no moleste.



Ruiz Jiménez, el activo
gobernador de Madrid,
sigue el camino brillante
que abrió el conde de San Luis,
La Prensa nos comunica
un día no y otro sí,
los triunfos indiscutibles
del amigo don Joaquín.
¿Qué cuáles son? Los de siempre;
los que consiguen aquí
cuantos el bastón empuñan
con arresto varonil;
hacer que en los coliseos
del genero chiquitín,
la función empiece pronto
y no termine á las mil,
y multar á las empresas
que no se porten así.
Por eso al conde pusieron
como hoja de perejil
los mismos que á Ruiz Jiménez
le aturden con su chin-chin;
y, ó entonces eran injustos
ó ahora cambian su sentir...
¿No tengo razón, señores?
¡Digo, me parece á mí!
¡Qué triunfos!... ¡Y qué bombazos!...
Mas ya es hora de decir
que viniendo de hombre grande
nos resultó pequeñín.
Llegó de Ruiz y Jiménez
y se queda sólo Ruiz.



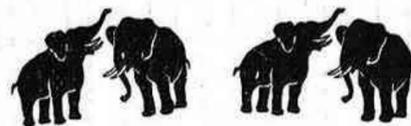
Con intenciones cordiales
que no harán gracia maldita,
cierto periódico grita:
«¿Qué tienen los radicales?

Por la propina modesta
de algunas actas de más,
se echan un poco hacia atrás
y se envainan su protesta.

¿No hay ya nada á estas alturas
que excite su patriotismo?
¡Les sobra el radicalismo,
pues nos faltan sus censuras!»

Ya ves que no dan señales,
mi estimado compañero...
¡Son amigos de Montero
los exbravos radicales!

Callan sin que haya un mortal
que con su mutismo pueda...
¡Y es lo único que les queda:
el silencio... radical!



... y armas al hombro

El gobernador del Banco de España, nuestro ya casi olvidado amigo Capdepón, ha conferenciado con el Sr. Echegaray para darle cuenta de los acuerdos adoptados por el Consejo del Banco en su última reunión.

Entre otros acuerdos, parece que el Consejo del Banco ha adoptado el de que por dicho Establecimiento se den todo género de facilidades para fomentar el crédito agrícola en beneficio de los pueblos y agricultores, siempre que éstos formalicen de alguna manera su constitución en entidades.

¡Señores, cuántos rodeos!

¡Con decir siempre que paguen lo que se les anticipa, con algún interés y con fiador si es preciso, estábamos al cabo de la calle!



Según se dice, hoy domingo en muchas casas particulares y Centros catalanistas de Barcelona aparecerán numerosas banderitas.

Gedeón las colocaría mucho mejor en otra parte y en competencia con el papel.

Por más que en las mulillas para el arrastre tampoco estarían mal.



Monsieur Rouvier ha dado en París un almuerzo en honor del plenipotenciario ruso Witte.

El hombre ha hecho la paz, eso sí; pero ¡anda, que buenos almuerzos ha tenido que aceptar!

¡Y gracias al bicarbonato!



Suelto oficial:

«En el ministerio de la Gobernación no se ha facilitado hoy ninguna noticia de interés.»

¡Y el mismo día se ratificaba en sus actas por Madrid á D. Bruno Zaldo y á D. Florencio Fiscowich!

¿Quiéren ustedes más interés?



Dice un periódico:

«El Sr. Mellado estuvo en Miramar á la hora de costumbre.»

A la salida trataron de averiguar algunos periodistas algo sobre los senadores vitalicios, pero Mellado manifestó que nada podía decir de sus nombres, á pesar de estar firmados los decretos.»

Y lo comprendemos perfectamente.

¿Qué se puede decir de tanto Pérez y González como se han presentado?»

¡Ni una palabra!

A nosotros nos hubiese pasado lo mismo.



El día 16 del corriente descargó una horrorosa tormenta en Bienservida, provincia de Albacete.

Durante seis horas y sin cesar cayeron sobre el pueblo grandes trombas de agua y granizo, derrumbando tres puentes y varios muros y construcciones.

¡Es el colmo de la paradoja!

¡Y que se llame Bienservida ese pueblo!

¡Pues si no lleva esa recomendación por delante, vaya usted á saber lo que hubiera pasado!

¡Ni rastro!



Se dice que para principios del año próximo vendrá á Madrid el rey Eduardo VII para devolver la visita que le hizo en Londres Alfonso XIII:

La noticia ha producido gran sensación en el ánimo de nuestro querido amigo el Alcalde primero.

Porque lo que él dice:

«Nada, no me dejan vivir en paz. La venida del Presidente de la República francesa me ha costado aprender con mucho trabajo un francés á propósito para las recepciones, y ahora, con el viaje que se anuncia, no voy á tener más remedio que meterle mano al inglés.

¡Mon Dieu, mon Dieu, mon beau père m'a fait la cusque, en me nommant Maire!



Han sido ya enviados al Ministerio de Hacienda los presupuestos de algunos Ministerios.

Se asegura que el de Marina es casi igual al presentado por el Gobierno anterior.

Es natural.

Y dentro de poco va á sobrar dinero en aquel departamento.

Porque ya, por no tener, no tenemos ni lancha de vapor en el Retiro.



Los periódicos en estos últimos días se han interesado por la suerte de una señora extraviada, que á la hora en que escribimos estas líneas sigue sin parecer, á pesar de las activas gestiones realizadas.

En el Gobierno civil no tienen ninguna noticia de su paradero.

Pero en Gobernación sí.

La señora extraviada es doña Sinceridad Electoral.

De modo que es inútil que la busquen.



Marcel Steimayer es un joven francés que sólo cuenta trece años. En tan poco tiempo ha realizado cuatro importantes servicios á la humanidad, salvando la existencia á otros tantos compañeros suyos que estuvieron á punto de perecer ahogados.

El héroe se negó á recibir ninguna recompensa pecuniaria. Sólo expresó su deseo de ser condecorado.

Lo mismo les sucede á muchos individuos en España, que también quieren ser caballeros.

Sin haber hecho nada, naturalmente, como individuos de la plebe.



Se han declarado liberales, así, de repente, los diputados villaverdistas electos Sres. del Toro y Molleda.

Lo que se habrán dicho estos madrugadores ministeriales:

¿Qué íbamos á hacer 17 individuos jugando á la minoría villaverdistas? ¡Mejor estamos al calorcito de Montero Ríos!

Y sobre todo, que ¡quién sabe si hubiésemos salido diputados!

Un punto de contrición

da á un alma la salvación.

Peró más fácilmente un acta.



Por fin parece que vamos á tener Gran Vía, gracias á una casa inglesa que, compadecida sin duda de nosotros, ha presentado pliego en la subasta.

¡Y luego hablaremos mal de los ingleses!

De los capitalistas españoles, por supuesto, sigue sin saberse una palabra, como no sea cada trimestre para cortar el tranquilo cupón.

Así da gusto, ¡qué caramba!



Dijo Mellado á los periodistas de San Sebastián que la otra mañana subió más tarde que de costumbre á Miramar porque esperaba el envío de algunos decretos que no llegaron.

Es lo mismo; todo quedaría reducido á que se fumara D. Andrés dos pitillos más.

A que preparara una nueva excursión en automóvil.

Y á que el ínclito Pepe Torres le colocara dos pequeñas lamentaciones por haberse quedado sin acta.



Don José Echegaray, molestado acaso porque los periódicos han dicho que se entretiene en escribir dramas en vez de ocuparse en las labores propias de su departamento, ha rectificado de un modo oficioso tan absurdas como dramáticas especies.

No, no. El señor ministro de Hacienda vive en la realidad, y por lo tanto, sólo se dedica á arreglarnos eso de los presupuestos.

GEDEÓN no tiene inconveniente en prestar sus columnas al genio nacional para que circulen sus nuevas declaraciones.

Pero al mismo tiempo se sonríe de la candidez de D. José.

¿Que vive en la realidad?

¿Que no hace dramas?

Pero ¿hay nada tan dramático como lo que prepara en Hacienda para servirnoslo inmediatamente?



Empieza á dibujarse un ligero conflicto en el seno del Gabinete.

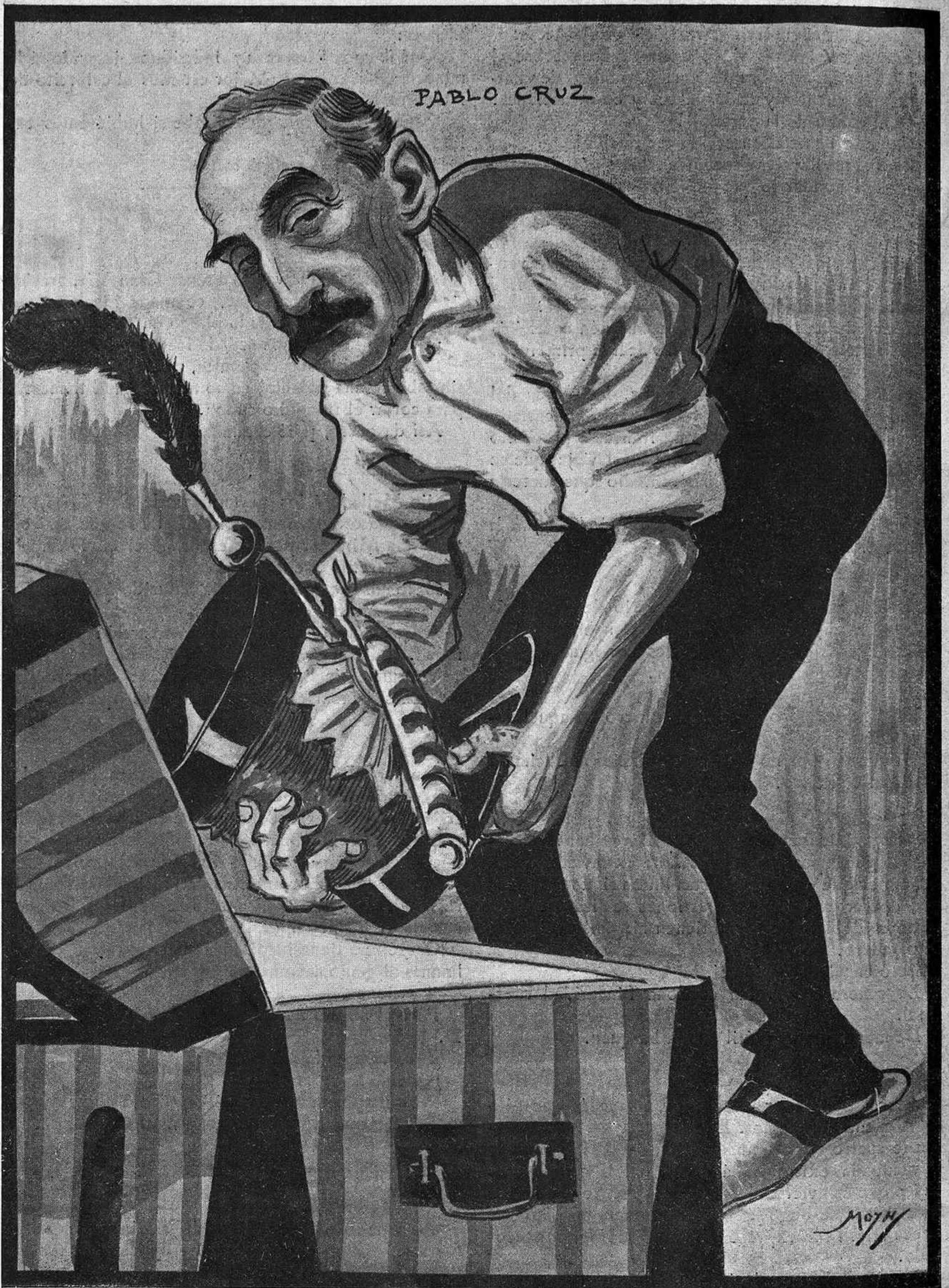
Parece ser que el ministro de Marina se ha salido fuera del tiesto, es decir, del presupuesto, al presentar el de su departamento.

Y D. Eugenio, de acuerdo con los otros consejeros, trata de convencer á Villanueva para que se comprima.

¿Qué pasará?

Se cree que el ministro de Marina se marchará con la música á otra parte.

Pero Gedeón opina que aceptará el consejo sin calentarse la chumacera.



EL ULTIMO MORRION

D. PABLO CRUZ. — GUARDEMOS ESTE CHISME, QUE EN ESTOS TIEMPOS NO SIRVE PARA NADA... ¡QUÉ FAMILIA...! ME HA RESULTADO BASTANTE PEOR QUE LA OTRA.